

ALGUNAS REFLEXIONES PARA UNA ENSEÑANZA PASTORAL DE LA TEOLOGIA DOGMATICA A LOS FUTUROS PRESBITEROS

EL FUTURO PRESBITERO: EL ANCIANO O "SABIO" DE LA COMUNIDAD

La enseñanza de Jesús, tanto por su contenido cuanto por su estilo, ha de ser la fuente última e inmediata que ha de inspirar toda enseñanza teológica en nuestros Seminarios.

La enseñanza teológica ha de ayudar a que el seminarista adopte cada día más la actitud del verdadero discípulo del Evangelio, de modo que, descubriendo éste su propia ignorancia, ansíe y asimile la verdadera sabiduría. Y, de esa manera, aprenda a actuar y enseñar al Pueblo cristiano en nombre del único Maestro.

No ha de olvidarse que el futuro Presbítero, a pesar de su joven edad, está llamado a ser el "anciano" en medio de la comunidad cristiana; o sea, el "sabio"; es decir, el que "saborea" la Palabra de Dios, la escucha, la entiende, la traduce. Y por lo mismo, es capaz no sólo de interpretar los acontecimientos de la historia y las actitudes de los hombres, sino de despertar en ellos el gusto por la sabiduría del Evangelio.

Esta función sapiencial habilita al futuro Presbítero para la función sacerdotal, pues nada se santifica sino por la Palabra; e, igualmente, para la función específicamente pastoral, pues el Presbítero convoca al Pueblo de Dios, lo reúne, lo anima, lo corrige, lo conduce mediante la Palabra.

LA TENTACION DEL Gnosticismo

Lo mismo que a todo discípulo de Jesucristo, dos tentaciones acechan al profesor y al estudiante de Teología. Una es conocer por conocer, o por curiosidad, sin interesarse mayormente de las exigencias de fe y vida que tiene toda enseñanza relacionada con el Evangelio. Cuando así acontece, la enseñanza o el aprendizaje de la Teología queda en pura instrucción religiosa cerebral, que no ayuda al profesor a entrar en el Reino e impide que el estudiante ingrese en él.

Otra tentación es la justificación de las ideologías con el recurso al Evangelio o a la Teología, adoptando nociones o discursos elaborados por la sabiduría cristiana a través de los tiempos, pero vaciándolos de su contenido. Así sucedió en la Iglesia desde la temprana hora del siglo II cuando la amenaza del gnosticismo al mensaje cristiano. Así sucede hoy en América Latina. La Doctrina de la Seguridad Nacional, la Teología de la Iglesia Popular o ciertas Cristologías denunciadas por el Papa Juan Pablo II en la conferencia inaugural de Puebla, algunas tendencias de la llamada Teología de la Liberación, son ejemplos de corrientes gnósticas que, partiendo de postulados no cristianos, pretenden imponerse revistiéndose con elementos evangélicos y eclesiales.

LA "COMUNICABILIDAD" DE LA PALABRA DIVINA Y LA TEOLOGIA

Toda enseñanza teológica ha de tener en cuenta que la Palabra eterna nos es conocida gracias a que Dios Padre la ha comunicado a los hombres de diversas maneras desde antiguo y, en los últimos tiempos, en forma plena, en Jesús de Nazareth. Dicha Palabra sustancial, como toda la enseñanza evangélica de Jesús, nos ha sido comunicada gratuitamente para que, a nuestra vez, nosotros la comuniquemos gratuitamente a los demás hombres. Por lo mismo, la "comunicabilidad", propiedad esencial de la Palabra de Dios y de su Evangelio, es una condición intrínseca a la enseñanza y al aprendizaje de la Teología, y ha de reflejarse en una creciente capacitación pastoral del alumno de Teología para realizar el primer anuncio del Evangelio, para comentar la Palabra de la Escritura, para catequizar, y para todo ejercicio del ministerio de la Palabra.

Este subrayado nuestro sobre la comunicabilidad como propiedad de todo auténtico magisterio y aprendizaje teológico, rescata —pensamos— algunos logros un tanto olvidados de las discusiones habidas en la década del 40 sobre la Teología Kerigmática o Teología para la Predicación.

EL CURSO TEOLOGICO COMO CATECUMENADO PREPARATORIO AL SACRAMENTO DEL ORDEN

Hasta hace pocos años ha sido abismal la dicotomía entre Teología y Catequesis, sea por el silencio total que la primera hacía de la segunda, sea por el desprecio que la segunda manifestaba por la primera.

En la vida y ministerio del Presbítero, tal dicotomía ha sido de graves consecuencias. Este llegó a pensar que la Catequesis era una tarea ajena a su ministerio pastoral, privándose así de una de las mejores claves de comprensión de su vida pastoral. O bien sospechó que la Teología aprendida, a pesar de la riqueza de conocimientos almacenados, le era prácticamente inútil. Y a decir verdad, ésta no ha despertado en él el instinto pastoral de suscitar y acompañar la fe en el corazón del hombre y de la comunidad creyente. No por acaso resultan hoy casi incomprensibles las figuras de los grandes Obispos doctores de la antigüedad cristiana que no desafiaban hacer la Catequesis al Pueblo y que, de ese modo, nos transmitieron algunas páginas teológicas inmortales.

De la enseñanza teológica de los Seminarios Mayores pensamos que vale, en grado excelente, lo que se dice de la Catequesis. Esta es: a) una exposición gradual y completa de todo el misterio de la Salvación, adecuada a la situación que vive el catecúmeno; b) con miras a una conversión cada vez más profunda al Evangelio de Jesucristo; c) concretada en una adhesión plena a su persona y una inserción activa en la Iglesia.

El Curso Teológico así concebido aparece como un verdadero Catecumenado preparatorio al sacramento del Orden. Y el Profesor de Teología, que lo imparte y guía, un auténtico mistagogo del futuro Presbítero.

EL DINAMISMO EVANGELIZADOR DE LA FE ORTODOXA

La Teología es una cierta comprensión de Dios, y, en especial, de su economía; o sea, del modo como El gobierna su casa y sus cosas, conduciéndolas todas a su último fin.

Para esta comprensión el teólogo, primeramente, ha de partir de un principio firme y cierto: la Palabra de Dios siempre fiel, quien en Jesucristo cumple la promesa del don del Espíritu Santo y por El lleva a la Iglesia al conocimiento pleno de la verdad.

Percibido tal principio, el teólogo, en segundo lugar, debe aplicarlo correctamente. Debe, en especial, hacer el cotejo crítico de la realidad mundana con la Palabra divina. El teólogo adquiere así un conocimiento variado de la realidad: 1º, un conocimiento más pleno de su naturaleza y finalidad, según el plan divino original; 2º, un descubrimiento de la deformación o alienación que el pecado del hombre introdujo en ella; 3º, un apercebimiento de los caminos posibles por los cuales la realidad humana y mundana pueda reencontrarse con el proyecto divino original y perfeccionarse histórica y escatológicamente; 4º, como consecuencia de todo lo

anterior, una contemplación del estilo de actuar salvífico de Dios, el cual manifiesta una misericordia que supera toda imaginación.

No cabe duda que el principio fundamental, o Palabra de Dios, puede ser múltiplemente percibido por la inteligencia creyente del teólogo. E igualmente puede ser también multiforme el grado de cotejo o aplicación crítica que éste hace de ese principio a la realidad mundana. De allí, los diversos grados de conocimiento del teólogo, la jerarquía de las verdades teológicas desde los dogmas de fe hasta los teologúmenos de cada escuela, y también el legítimo pluralismo teológico. En todos estos casos tenemos una Teología conforme a la norma de la fe u ortodoxa. No acontece lo mismo cuando se sustituye el principio teológico fundamental, o cuando se lo subordina a la realidad mundana, contrariando no sólo la soberanía de la Palabra de Dios sino la naturaleza misma de la segunda. Es fatal que entonces se presente como totalidad lo que es, por esencia, particular. Allí, surge la "haeresis", que no es otra cosa que una verdad parcial absolutizada.

Como lo demuestra la Historia de la Pastoral, mientras la verdad teológica plena o "catholica" evangeliza y libera, la "haeresis" o verdad a medias obstaculiza el Evangelio y esclaviza a los pueblos. No importa que la verdad a medias pretenda inculcar la divinidad de Jesucristo, la liberación u otra verdad revelada.

LA NECESIDAD PASTORAL DE LA APOLOGETICA

La Palabra divina no es indiferente ante el manipuleo que los doctores puedan hacer de la misma. Jesús fue claro al prevenir contra los falsos profetas. Lo mismo que el apóstol San Pablo y las demás cartas apostólicas. La Iglesia, fiel a su Señor, siempre ha reaccionado con menor o mayor prontitud, frente a la enseñanza del error, pues percibe que en ello está en juego la soberanía de Dios y por lo mismo, la salvación de los hombres, por quienes Cristo murió. Los Santos Padres, que muchas veces conjugaron genialmente la dimensión doctoral y pastoral de su ministerio, no dudaron en gastar buena parte de su vida en desenmascarar el error, procurando atraer de nuevo a la verdad y al seno de la Iglesia a los caídos en él. Esto ha sido y será siempre así porque la defensa de las ovejas frente a los peligros del error es una tarea primordial del pastor. Ser indiferente frente a los rumbos equivocados por los que puedan tomar las ovejas, o cerrar los ojos ante la presencia del lobo es actitud de mercenario.

Conviene que, por un instante, revisemos cuál es la actitud del teólogo frente a esta problemática.

Ayer, en los años anteriores al Concilio, la Iglesia pudo ser tentada de ejercitar su sentido de la ortodoxia hasta un grado un tanto exacerbado, sospechándose a veces heterodoxia en cualquier formulación doctrinal desacostumbrada. Esta tentación, y cualquier otra, no es de extrañar, pues la ortodoxia hace al bien mismo de la Iglesia. Y es precisamente en lo propio donde uno suele ser tentado. Así aconteció con Jesús en su mesianidad.

¿Y hoy? ¿No es, acaso, la tentación contraria la que acecha a la Iglesia? Deformación del diálogo ecuménico y cultural, confusión entre pluralismo teológico y herejía, irritabilidad ante cualquier llamada de atención sobre un posible error doctrinal, rubor enfermizo a reconocerlo en la propia comunidad eclesial, desprecio de la función apologética del ministerio pastoral, minusvaloración del magisterio ordinario, y hasta ridiculización de la ortodoxia: son éstas algunas formas de irresponsabilidad pastoral en las que se incide hoy día. A lo cual se agrega la irresponsabilidad de un nuevo tipo de editorial católica que, más que al servicio del Evangelio, pareciera organizarse al servicio del lucro. Por poner un solo ejemplo: ¿quién puede explicar que una editorial que se precie de católica, traduzca y edite en formato de bolsillo la interpretación marxista del Evangelio según San Marcos?

Siempre la Apologética o defensa de la verdad del Evangelio será signo de salud de una Iglesia evangelizadora, como también de una Teología al servicio de ella. No así la "apologetitis". Como tampoco la indiferencia ante el error o el abrazar la herejía. San Juan no titubeó en decir que el error, de cualquier color, es siempre obra del Anticristo.

CONEXION ENTRE LA CRISTOLOGIA, LA ECLESIOLOGIA, LA TEOLOGIA MORAL Y LA TEOLOGIA PASTORAL

La "comunicabilidad" de la Palabra, de la que hablamos arriba, incluye una como "fluidez" de la verdad. Es decir, una connaturalidad cognoscitiva, la cual hace que, descubierto un aspecto de la verdad, éste empuje al descubrimiento de otro.

En cuanto a la comprensión de los diversos aspectos que incluye la Palabra de Dios comunicada a los hombres, es fácil advertir ya en el Nuevo Testamento y luego a lo largo de toda la vida de la Iglesia, la interrelación profunda que media entre el conocimiento de Jesucristo, el conocimiento de la Iglesia, el conocimiento del nuevo modo de vivir según el Evangelio, e, incluso, el conocimiento de las reglas para construir la Iglesia. Nos animamos a decir que

se es teólogo, precisamente, en la medida en que se es capaz de percibir las conexiones que median entre la Cristología, la Eclesiología, la Teología Moral y la Teología Pastoral. De allí la importancia de la cabal comprensión de un punto anterior para poder comprender el posterior. Regla que vale también en el caso contrario: una comprensión confusa del punto anterior engendra fácilmente una comprensión confusa del punto posterior. Juan Pablo II ilustró esto en Puebla al recalcar la importancia de una buena Cristología para poder disponer de una buena Eclesiología y, a su vez, de una buena Antropología. Y poder contar así con un instrumental teológico adecuado para la Evangelización del continente. Por otra parte, no sería difícil ilustrar en la historia del pensamiento teológico la concatenación profunda que existe entre las diversas doctrinas o entre los diversos errores. Por ejemplo una Cristología arriana fue el caldo de cultivo de una Teología Moral pelagiana (siglo IV). O una Eclesiología "carismática" lo fue de una Teología Pastoral montanista (cf. Tertuliano).

FINALIDAD MORAL Y PASTORAL DE LA TEOLOGIA

La "comunicabilidad" de la Palabra divina significa mucho más que una pura enunciabilidad momentánea. No vale de ella el adagio latino "verba volant". La Palabra de Dios es. Ella no pasa, sino que permanece para siempre. Y permanece dinámicamente. Pronunciada por el Padre en la eternidad, engendra al Hijo unigénito. Dicha al comienzo de la historia, crea el mundo. La Palabra de Dios no sólo dice sino que es lo que dice, hace lo que dice. Y cuando nos es dicha a los hombres, lo es para ser hecha por nosotros. Si esto vale de toda Palabra pronunciada por Dios en la antigüedad, ello es así ahora en grado sumo desde que "la Palabra se hizo carne" (Jn. 1, 14). Como nunca antes, la Palabra de Dios nos es hoy comunicada no sólo para que la conozcamos, sino para que la realicemos, la practiquemos. "El que escucha estas palabras mías y las practica..." (Mt. 7, 24 ss).

Existe, sin duda, una concatenación íntima entre la pronunciación de la Palabra divina y su comprensión humana. Esta, por su parte, no es sólo teórica sino práctica. Se da, por tanto, una interrelación profunda entre Teoría y Praxis. Pues comprendida, la Palabra exige ser hecha. Con el fruto inesperado de que tal Praxis impulsa, a su vez, a una más honda comprensión. Y ésta, nuevamente, a una más profunda vivencia y práctica. Y así, en un juego alternado de Teoría y Praxis cristiana, ininterrumpido en la tierra, que preludia el conocimiento y el gozo pleno del cielo.

Según esto que hemos dicho, es de todo punto importante que el teólogo perciba la concatenación entre Cristología, Teología Moral y Vida Santa. En efecto, el misterio del Verbo encarnado nos ha sido revelado para que, reconociendo en El el designio divino sobre el hombre, nos configuremos con el Hijo unigénito en nuestra vida de cada día. De la misma manera, la relación entre Eclesiología, Teología Pastoral y Praxis Pastoral. Pues el misterio de la Iglesia nos fue manifestado para que, conociendo las leyes de su arquitectura sobrenatural, nos dispongamos a su construcción en la tierra.

VALORACION DEL MISTERIO DEL PECADO Y OPCION PREFERENCIAL POR LOS POBRES

Lo que hemos dicho arriba sobre la concatenación entre Cristología, Eclesiología, Teología Moral y Teología Pastoral, como también lo que explicamos sobre la finalidad moral y pastoral de toda la enseñanza teológica, supone partir en el discurso teológico del postulado fundamental de la Revelación; a saber: el amor de Dios por el hombre pecador. Podríamos, incluso, formularlo así: "Dios reveló su amor porque el hombre pecó". Tan capital este postulado que, marginado o postergado, es imposible conferir a la Teología una dinámica pastoral. Y esto es así porque al margen de la óptica salvífica elegida por Dios para su revelación todo será recurso voluntarista extrínseco a la misma, incapaz de hacernos ver las cosas de Dios con los ojos de Dios.

Este postulado necesita ser tomado en serio en todos sus términos. Primero, el amor de Dios. Después de las disquisiciones de la década del 50 sobre la primacía de la caridad en la Teología Moral, el teólogo puede ser tentado a pensar que sabe ya mucho sobre él. Pero este amor de Dios sólo se lo conoce cuando se desciende a meditar teológicamente la hondura del pecado. En este sentido, los viejos misioneros del pueblo cristiano supieron mucho más que no pocos teólogos modernos. Según la Revelación, el dominio del pecado es universal. "Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios" (Rm 3, 23). Y su poder esclavizador es enorme, tanto que Dios juzgó conveniente compensarlo y superarlo con el poder liberador de Jesucristo. "Habiendo Dios enviado a su propio Hijo en una carne semejante a la del pecado, y en orden al pecado, condenó el pecado en la carne" (Rm 8, 3). El amor de Dios es inmenso porque se manifestó no cuando éramos amables sino dignos de odio. "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros" (Rm 5, 8). Y

nos reveló así una cualidad insospechada del amor de Dios y, por ende, de todo amor cristiano. "Nos amó primero" (1 Jn 4,19). O sea que, para podernos amar, destruyó el pecado, y luego recreó en nosotros la imagen amabilísima de su Hijo. Mas no contento y puesto que el amor pide reciprocidad, quiso hacer esta obra en nosotros, no desde fuera sino asumiendo nuestra misma naturaleza pecadora, para que con aquella misma con que lo habíamos odiado antes lo pudiésemos amar ahora. "En esto consiste el amor que Dios nos tiene...: no en que nosotros hayamos amado a Dios sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (Jn 4, 9-10). A la Teología Bíblica todavía le falta descubrir que, bajo las apariencias de una blasfemia, los Evangelios han recogido uno de los títulos cristológicos más hermosos asignados a Jesús: "amigo de pecadores" (Mt. 11, 19).

La Teología y la Pastoral modernas no acaban de tomar en serio la realidad del pecado. Quizá por una reacción explicable ante las tendencias jansenistas que, aunque vencidas en el plano doctrinal, debilitaron la Moral y la Pastoral católicas hasta casi el Concilio. A lo cual vinieron a sumarse luego las corrientes psicologistas o neopositivistas que pretenden hasta negar la culpa moral y la misma objetividad del mal.

Esta deficiencia de comprensión teológica y pastoral del pecado, en vano trata de ser compensada hoy por la revaloración de la dimensión social del mismo: las llamadas estructuras del pecado. De éstas, por lo demás, no se logra tener siempre una comprensión teológica, sino que con frecuencia se queda en una comprensión puramente sociológica, política o económica. De donde que, frente a ellas, poco vale a veces la conversión del corazón del hombre, sino que importa en primer lugar el cambio social, sea por el progreso económico elucubrado y realizado por tecnócratas, sea por la revolución cumplida por pequeñas vanguardias iluminadas. Todo lo cual comporta una evidente manipulación ideológica del problema del mal y de su solución; y consecuentemente de lo que es Evangelización y Liberación. Nos atrevemos a decir que, mientras la Teología Dogmática no se reencuentre con el misterio del pecado, no entenderá ni la realidad mundana ni la economía salvífica. Por lo mismo será incapaz de inspirar una Teología Moral que entusiasme a los hombres con el llamado a la santidad. Y mucho menos será capaz de inspirar una Teología Pastoral que anime la acción apostólica de hombres llenos de misericordia. Puede suceder, entonces, que, faltos de esa Teología, un sucedáneo ideológico venga a ocupar la plaza vacía. Eso es lo que acontece cuando se le roba a Puebla la fórmula pastoral de la "opción preferencial por los pobres" y se la interpreta desde categorías filosófico-políticas contrarias al Evangelio.

LENGUAJE TEOLOGICO, CATOLICO Y LATINOAMERICANO

Todo pensamiento necesita ser proferido para ser conocido. Para ello el que piensa debe concebir un algo del propio yo, idéntico a sí mismo, y expresarlo. Pero no basta. Podría ser una expresión extraña, ininteligible, que ni siquiera pudiese ser captada como señal de una voluntad de diálogo. Por ello que es preciso que el que piensa y habla se convierta, en cierto modo, en el que escucha. De esa manera, la palabra, idéntica al que la piensa e idéntica al que la escucha, se torna inteligible, y da origen al diálogo.

La Palabra primera que Dios profirió en el tiempo fue el mundo creado. Es una Palabra acorde con el ser divino, capaz de expresar su ser invisible y su insondable sabiduría. Es acorde también con el hombre, pues puede ser escuchada y respondida por éste. No hay un hombre que no pueda escuchar y entender esta Palabra de Dios. Sin embargo, por su desobediencia (des-ob-audiencia) o sea por "des-escuchar" a la Palabra de Dios, el hombre dañó gravemente su capacidad de audición y de respuesta. Por ello Dios, compadecido de la sordera y del mutismo del hombre, ha proferido una nueva Palabra en la historia, capaz de curarnos de aquella enfermedad. Es su propio Pensamiento, su Hijo Unigénito, encarnado, hecho audible en Jesús, el hijo de María, hermano nuestro. Nadie hay ahora que no pueda ser curado de su sordera. Las condiciones para el diálogo divino-humano han sido recreadas. En primer lugar, porque en el Verbo encarnado todo es elocuente. Aun cuando calla habla. Nos habla de Dios, de su amor. Nos habla del hombre y de la dignidad a la que es llamado. En segundo lugar, porque sabe adaptar el acento de su Palabra al oído del hombre, adecuándolo al hombre de Galilea y al de Judea, al campesino y al pescador.

La Palabra de Dios es, por tanto, universal y provinciana, católica y local. Eterna, puede ser proferida en todas las épocas. Dicha en Galilea tiene la virtud de hacer poner de pie a los hombres de todas las culturas para que le presten oído. En estas dos cualidades del lenguaje divino con los hombres pensamos que ha de basarse el lenguaje teológico.

En cuanto al carácter "latinoamericano" del lenguaje teológico nos baste hacer aquí algunas breves consideraciones.

1. Un lenguaje teológico "latinoamericano" es aquel que tiene conciencia de su propia tradición. Si bien la palabra es relativamente nueva, la realidad que expresa es añeja. Lo latinoamericano tiene ya cinco siglos. Y, en cierto sentido, veinte, porque sus componentes los tienen. Debemos tener en cuenta dos mentalidades que se están disputando lo "latinoamericano" en la guerra que libran

entre sí por el dominio del mundo, las cuales niegan el supuesto anterior. Una, la mentalidad capitalista que, al considerarnos sobre todo como clientes del mercado internacional, pretendió negar nuestra hermandad continental, balcanizándonos, hasta oponernos unos a otros, y nos enseñó a interpretar el ser de cada nación sólo a partir de las gestas de la emancipación política (alrededor de 1810), renegando de más de trescientos años de mestizaje cultural y, por tanto, de nuestra tradición católica. Otra, la mentalidad marxista, hija directa de la anterior, la cual agita lo "latinoamericano" como bandera para atraer a su causa a todos los pueblos del continente resentidos por la dominación capitalista. Según ella, lo latinoamericano estaría naciendo recién ahora, sin negar algunos avisos de ese parto en las antiguas rebeliones indias contra los españoles. Lo latinoamericano sería la conciencia nueva de estos pueblos en la lucha mancomunada por la liberación de los poderes económicos capitalistas. De allí que lo latinoamericano excluya también la fe católica. Y si se la admite es sólo en cuanto susceptible de ser releída desde las luces de esta alborada de liberación que nos trae el marxismo. Los estudiantes de Teología deben ser enseñados a percibir este manipuleo de lo latinoamericano, que puede darse también en la Teología. So pena de ser mañana pastores inexpertos que asistan inermes a un despojo cultural del pueblo más profundo y cruel que el que sufrieron los primeros habitantes del continente seducidos por las chucherías ofrecidas por los mercaderes europeos.

2. Un lenguaje teológico latinoamericano es aquel que, rescatando el estilo de pensar de los grandes pastores y doctores de la Iglesia, sea capaz de pensar hoy, desde la fe cristiana, los problemas del hombre del continente. Al hablar de estilo de pensar teológico, aludimos a un estilo de pensar muy pastoral, que supone un estilo de vivir del pastor-doctor junto al pueblo, en medio del cual es un cristiano más y para el cual es obispo, pastor y doctor. "Vobiscum christianis, vobis episcopus" (S. Agustín). La recuperación de esta praxis cristiana de pensamiento teológico-pastoral es el mejor antídoto contra la ideología de la praxis positivista de pensamiento, según la cual la verdad "se hace" toda al andar.

3. Un lenguaje teológico latinoamericano es capaz de comulgar con toda la tradición teológica católica y de dialogar con el pensamiento de todas las escuelas teológicas recibidas.

4. Un lenguaje teológico latinoamericano, porque es católico, es abierto al diálogo ecuménico, sin ceder a falsos irenismos, y a todas las culturas, en particular con aquellos niveles culturales que integran la realidad latinoamericana, sobre todo los más avasallados.

Por último, en cuanto a la "latinoamericanidad" del lenguaje teológico, sugerimos la medida propia de los hombres sabios, no subrayándola inútilmente, dejándo más bien su consideración y aprecio al interlocutor.

Carmelo J. Giaquinta